

cifra sea hombre honrado. Un error de experimento es un error de justicia.

Y ¿sabéis lo que ocurre? El absurdo se injerta en la verdad y la culpa es vuestra; habéis faltado á vuestras dos leyes, benevolencia y vigilancia; creáis el empirismo. Lo que hubiera sido astronomía será astrología; lo que hubiera sido química será alquimia. Sobre Lavoisier que se empequeñece, Hermes se agranda.

Reís de Cardán cuando dice: «Un cometa cerca de Saturno anuncia la peste, cerca de Júpiter la muerte del Papa, cerca de Marte la guerra, cerca de la luna la inundación, cerca de Venus la muerte del rey.» Pues bien, sois vosotros quienes habéis hecho á Cardán quimérico. Sin las persecuciones de ese Escaligero, á quien David Pareo llama *Eriticus superciliosissimus*; sin el encarcelamiento de Bolonia, Cardán, que incontestablemente creó la teoría de las ecuaciones del tercer grado; Cardán, que halló la ley del cubo; Cardán, igual por lo menos de Tartaglia y cuyos diez tomos *in folio* contienen más verdad que ilusiones, sería quizás el más grande de los astrónomos y de los geómetras.

Taumaturgia, piedra filosofal, transmutación, oro potable, cubo de Mesmer, toda esa falsa ciencia no deseaba probablemente otra cosa que ser la verdadera. No habéis querido ver el rostro de lo Desconocido; veréis su careta. Magia negra ó blanca, brujería, quimancia, cartomancia, necromancia, todo eso no es otra cosa más que ciencia desviada, extraviada, caída en quimera por falta de responsabilidad. Lo que se rechaza injustamente fuera del pensamiento se refugia en el ensueño.

Porque un hecho os parece extraño, deducís que no existe. Es atrevido: sólo los mandarines tienen ese

valor. Pero toda la ciencia comienza por ser extraña. La ciencia es sucesiva. Va de una á otra maravilla. Sube la escala. La ciencia de hoy parecería extravagante á la ciencia de antaño. Ptolomeo consideraría loco á Newton. Me figuro al micrógrafo de Delft yendo á contar al filósofo de Estagira las veintisiete mil facetas del ojo de la mosca; ¿ven ustedes la cara que pondría Aristóteles á Leuwenhoëck?

Se dice fácilmente: es pueril; no es serio. Lo pueril es figurarse que tapándose los ojos ante lo Desconocido, se suprime lo Desconocido.

Lo que no es serio, es la ciencia burlándose de lo infinito. Se ha llegado á querer verlo y palparlo todo, como la idolatría; ya hemos indicado esa coincidencia. Se tiene por sospechosas á la inducción y á la intuición; la inducción, que es el gran órgano de la lógica; la intuición, el gran órgano de la conciencia. No admitir más que lo palpable y lo visible se califica de observación. Es eliminación, y no otra cosa. Y ¿quién lo sabe? ¿eliminación de la realidad?

Trabajo perdido, además. Por mucho que se eche sobre la ciencia posible, la ignorancia voluntaria, la fuerza de las cosas, ese trabajo sublime del tercer debajo, empuja el conocimiento humano hacia adelante. La casualidad, dedo indicador de la Providencia, interviene. Una manzana cae delante de Newton, una marmita hierve ante Papin, una hoja de papel encendido vuela ante Montgolfier. Por intervalos, estalla un descubrimiento como estalla una mina en las profundidades de la ciencia, y un largo trozo de preocupaciones y de ilusiones se hunde y la roca viva de la verdad aparece bruscamente.

¡Supernaturalismo! Y creen haberlo dicho todo. Es curioso volverse y echar una mirada hacia atrás. La electricidad formó parte largo tiempo del super-

naturalismo. Han sido precisos los múltiples experimentos de Clairaut para hacerla admitir é inscribir en los registros del estado civil de la ciencia correcta. La electricidad tiene hoy bienes al sol y renta de los profesores. El galvanismo hizo igual aprendizaje; primero fué escarnecido y tratado de *niñería*, como lo demuestran las cinco memorias dirigidas por Galvani á Spallanzani; sólo se le admitió desde hace poco. La pila de Volta dió ocasión á muchas burlas. El magnetismo no ha entrado aún más que en parte; una mitad en la ciencia oficial y la otra en el supernaturalismo. El buque de vapor era *pueril* en 1816. El telégrafo eléctrico comenzó como una cosa *no seria*.

Digámoslo,—pues ningún favor debe haber en estas páginas sinceras y sólo servimos á la verdad,— en nuestros días, cierto espíritu científico es tan estrecho como el espíritu religioso. El error cambia de piel, pero sigue siendo error; era fetichismo y se vuelve idolatría; era ateísmo y se convierte en nihilismo. ¡Cuánto progreso queda aún por cumplir! Los dos carriles, el del error y el de la impostura, están de acuerdo para hacer volcar la verdad.

En resumen, que se sepa, ciencia y religión son dos palabras idénticas; los sabios lo ignoran y los religiosos también. Esas dos palabras expresan las dos vertientes del mismo hecho, que es lo infinito. La Religión-Ciencia es el porvenir del alma humana.

Uno de los caminos para llegar á ella es la intuición.

No desarrollamos. El tiempo nos falta en estas páginas rápidas. Nuestro objetivo actual es literario y no científico. Sigamos,

II

Primer grado, segundo grado, tercer grado. Observación, imaginación, intuición. Humanidad, naturaleza, supernaturalismo. Esos son los tres horizontes. El uno completa y corrige al otro; su coordinación es el conjunto cósmico. El que ve los tres está en la cima. Es el espíritu cúbico. Es el genio.

La observación produce á Sedaine. La observación con la imaginación produce á Molière. La observación con la imaginación y la intuición producen á Shakespeare. Para subir á la plataforma de Elsenour y para ver el fantasma es precisa la intuición.

Esas tres facultades se aumentan y se combinan. La observación de Molière es más profunda que la de Sedaine, porque Molière tiene, más que Sedaine, la imaginación. La observación y la imaginación de Shakespeare ahondan más y suben más alto que la observación y la imaginación de Molière, porque Shakespeare tiene, más que Molière, la facultad de la intuición.

Comparad Shakespeare con Molière por sus creaciones análogas, comparad á Sylock con Harpagón y á Ricardo III con *Tartuffe*, ¡y ved qué filosofía más alta y más general! Es que Shakespeare vive toda la vida entera. Está en el cenit. Nada escapa á la vista de aquel ojo culminante. Está arriba por la pupila y abajo por la mirada. Es tragedia al mismo tiempo que comedia. Sus lágrimas anonadan y destrozan. Su risa mana sangre.

Intentad otra comparación más sorprendente aún. Colocad la estatua del Comendador frente al espectro de Hamlet. Molière no cree en su estatua, Shakespeare cree en su espectro. Shakespeare tiené la in-

tuición que falta á Molière. La estatua del comendador, obra maestra del terror español, es una creación mucho más nueva y siniestra que el fantasma de El-seneur; se desvanece en Molière. Detrás del espantoso comensal de mármol, se ve la sonrisa de Poquelin; el poeta, irónico, tiene su prodigio, lo vacía y lo destruye; era un espectro y es un maniquí. Una de las más formidables invenciones trágicas que existen en el teatro, aborta, y hay en esa mesa del *Festín de Piedra*, tan poco horror y tan poco infierno, que se sentaría uno sin inconveniente entre Don Juan y la estatua.

Shakespeare, con menos, hace mucho más. ¿Por qué? Porque no miente; porque él mismo es el primero á quien sorprende su creación. Es su propio prisionero. Se estremece de su fantasma y hace estremecer á los demás. Existe, es verdadera, es incontable, esa figura negra que está allí de pie con su bastón de mando. Ese espectro es de carne y hueso; carne de noche y hueso de sepulcro. Toda la naturaleza está convencida, está terrible á su alrededor. La luna, pálida faz semioculta en el horizonte, apenas se atreve á mirarle.

Poned, por el contrario, á Shakespeare junto á Esquilo, la aproximación es temible. Es león contra león. Comparáis á dos iguales. Orestes no tiene menos vida fúnebre que Hamlet. Y si Shakespeare quiere asustar á Esquilo con sus brujas, Esquilo le señala con el dedo á las Euménides.

Cosa admirable, para que el ingenio sea completo, es preciso que sea de buena fe. Virgilio no cree ni una palabra de su Eneida; su Venus está copiada de Livia, su Olimpo es de segunda mano, está fuera de lugar en su infierno, imaginado por otro, y se le ve más seguro de la existencia de César que de la de Jú-

piter; Augusto, Mecenas, Marcelo, esos son los verdaderos y sólidos Apolos; usa de malicia en las deificaciones provechosas; su musa se llama Diez mil sextercios. Por eso Virgilio está muchas veces próximo á ser muy agudo como Ovidio, quien no por eso deja de ser desterrado de la corte.

Homero es cándido; la belleza de sus poemas es la certidumbre. Están llenos de ella hasta desbordar. Homero cree en los héroes, en los monstruos, en la manzana, en el carcax de rayos que lanzan la peste; en la división de los dioses á causa de Troya, en Venus que está á favor, en Palas que está en contra; todo ese fabuloso Empíreo que está en él le fascina y le subyuga. Llega hasta chocchar y hace sonreír á Horacio.

Bonus Homerus. Homero está engañado por la Iliada. De ahí su grandeza.

Esa buena fe sublime, la da la intuición.

Intuición, invención. La intuición domina lo mismo al géometra inventor que al poeta. La intuición es el poder. Hace al hombre de acero. Por intuición, y no por observación, afirmaba Campanella el número infinito de las estrellas. La Iglesia, que odia los astros, molestos para los dogmas, quiso hacerle retractarse. En vano. La intuición pudo más que la tortura.

A las tres facultades señaladas más arriba, y de las cuales hemos indicado primero la unión, luego el grupo, corresponden tres familias de espíritus: los moralistas, limitados al hombre; los filósofos, que combinan el hombre con el mundo sensible; los genios, que lo ven todo.

Para comprender lo que le falta á Molière, es preciso leer á Shakespeare. Para comprender lo que le falta á Sedaine, al abate Prevost, á Marivaux, á Lesage, á La Bruyère, es preciso leer á Molière.

En arte, como en todo, cierto colorido—un abis-

mo—separa lo excelente de lo grande. En la Trippenhausen de Amsterdam, se ve al entrar un gran cuadro de un maestro cuyo nombre no recuerdo en este momento; es excelente. Aplaudís. Volveos, he aquí la Ronda de noche, es Rembrandt. Lanzáis una exclamación. Lo grande está allí. Lo excelente se desvanece. Ni siquiera podéis mirar la otra pintura. Lo grande en las artes no se consigue sino á cambio de cierta aventura. El ideal conquistado es un premio de audacia. Quien nada expone, nada logra. El genio es un héroe. ¡Adelante!, ese era el grito de Jasón y de Colón. *Arcana naturæ detecta*, era el grito de ese profundo investigador Leuwenhoëck, acusado por sus contemporáneos de *ausencia de buen gusto en sus descubrimientos*. Leuwenhoëck buscaba el germen en el orden visible, como buscamos la causa en el orden invisible. Alargaba el microscopio con la hipótesis, creyendo en la observación, creyendo también en la intuición. De ahí sus descubrimientos, de ahí igualmente sus enemigos. La suposición, es decir, la ascensión al piso invisible, seduce á todos los grandes espíritus, así á los calculadores como á los líricos. La palanca de la conjetura puede únicamente remover ese inconmensurable mundo, lo posible. Teniendo, por supuesto, ese punto de apoyo, el hecho, decía Keplero: *la hipótesis es mi brazo derecho*.

Sin la intuición no hay ni alta ciencia, ni alta poesía. Urania, la musa doble, ve al mismo tiempo lo exacto y lo ideal. Tiene una mano puesta sobre Arquímedes y la otra sobre Homero.

Las vistas parciales sólo tienen una exactitud de pequeñez. El microscopio es grande porque busca el germen. El telescopio es grande porque busca el centro. Todo lo demás es sólo nomenclatura, vana curiosidad, arte raquíptico, ciencia enana, polvo. Tendamos siempre á la síntesis.

Para ver bien al hombre, es preciso mirar á la naturaleza; para ver bien la naturaleza y el hombre, es preciso contemplar lo infinito.

Nada es el detalle, el pormenor, todo es el conjunto. Al que no pregunta á todo, nada se revela.

III

Precisemos más; y, al mismo tiempo, demos á las ideas bosquejadas aquí su extensión completa.

La idea de Naturaleza lo resume todo. De la mayor ó menor densidad de esa idea desmesurada resulta la filosofía entera.

Apurad esa idea lo más que podáis; hacedla inmediata y palpable; reducidla al menor volumen posible, conservándole todo lo que la compone; preparadla, en una palabra, en estado concreto y tendréis al hombre; dilatadla y percibiréis á Dios. Siendo la humanidad un microcosmos, se concibe el error de los que, como Fichte, se contentan y ven el mundo en ella. El hombre es Dios en forma reducida.

Pero tomar por Dios al hombre, es igual error que tomar por universo á la tierra. Ponéis el grano de ceniza tan cerca de vuestra pupila, que os eclipsa lo infinito.

Las cosas son los poros por donde sale Dios. El universo le suda. Todas las profundidades le hacen aparecer en todas las superficies. Quien medita ve al creador como un rocío sobre la creación. La religión es el misterioso sudor de lo infinito. La naturaleza destila la noción de Dios. Contemplar es una revelación; sufrir es otra revelación. Dios cae gota á gota del cielo, y lágrima tras lágrima de nuestros ojos.

¿De qué serviría Todo si no estuviera Él como fin?

Fin es decir objetivo.

Se cree que fin significa muerte. Error. Fin significa vida. La existencia terrenal no es otra cosa más que el crecimiento lento del ser humano hacia el des-envolvimiento del alma, que llamamos muerte. En el sepulcro es donde se abre la flor de la vida.

El destino es la resultante evidente de la naturaleza. Pero ¿cómo ocurre eso? ¿Por medio de qué combinación? ¿Por qué ir y venir, por qué descomposición de fuerzas, por qué mezcla de efluvios, por qué enorme alquimia? ¿Cómo el suceso pasa á través del elemento? ¿Cómo la armonía universal puede tener sacudidas, y qué sacudida es esa que llamamos suerte? Una providencia es visible; tiene por manifestación el equilibrio, al cual el filósofo llama con un nombre mayor: Equidad. Una fatalidad está visible; tiene por manifestación la necesidad. Equidad y Necesidad; esos son los dos misteriosos rostros de lo desconocido.

Pero ¿qué es esa cosa llamada casualidad? La casualidad no es providencia, pues parece romper el equilibrio; no es fatalidad, porque no implica necesidad. ¿Qué es, pues? ¿Es una y otra? ¿Es el remolino de la una y de la otra? Nadie puede decirlo.

Lo cierto es que no hay más que una ley.

La naturaleza no es una cosa y otra el destino. No hay una ley externa y otra interna. El fenómeno universal se refleja de uno á otro medio. De ahí las apariencias diversas; de ahí los diferentes sistemas de hechos, todos concordantes en lo relativo, todos idénticos en lo absoluto. La unidad de esencia lleva consigo la unidad de substancia, y la unidad de substancia á la unidad de ley. He aquí el verdadero nombre del Ser: Todo Uno.

El laberinto de la inmanencia universal tiene una vía doble, lo abstracto y lo concreto; pero esa vía doble

está en perpetua transfusión; la abstracción se concreta, la realidad se abstrae, lo palpable se vuelve invisible, lo invisible se vuelve palpable, lo que sólo se puede pensar nace de lo que se toca y de lo que se ve, lo que vegeta se complica con lo que llega, el incidente se une á lo permanente; hay densidad en el árbol, hay savia en la pasión; es posible que la luz piense. El mundo es una pila de Volta y al mismo tiempo es un espíritu; el Nilo y el Ens se confunden y se juntan; de lo inmaterial á lo material la fecundación es posible; son los dos sexos de lo infinito; no hay fronteras; todo se amalgama y se ama; flujo y reflujó del prodigio en el prodigio; misterio, enormidad, vida.

¡Oh destino! ¡Oh creación!

La madre llora, el niño grita, la fiera ruge, el árbol se estremece, la hierba tiembla, la nube resuena, el monte se agita, el bosque murmura, el viento se levanta, el manantial lagrimea, el mar llora, el pájaro canta. Se nace, es para sufrir; se vive, es para sufrir; se ama, es para sufrir; se trabaja, es para sufrir; se es bello, es para sufrir; se es justo, es para sufrir; se es grande, es para sufrir. La voluntad llega á un aplazamiento, la utopía; la ciencia llega á una duda, la hipótesis. Se sube á lo que no se traspasará, se comienza lo que no se acabará, se cree en lo que no se probará, se construye lo que no se habitará; se plantan árboles y se hacen sombras para otros.

El progreso es una serie de tierras de Canaán siempre entrevistas, jamás conquistadas por quien sueña en ellas; los que las han negado entran. Goce ninguno y para nadie. La tiranía es pesada para los tiranos; la bondad es amarga para los buenos. La ingratitud, ¡qué fondo de cáliz! Ninguna cosa se acomoda ni ajusta á nosotros; no se entra jamás del todo en el sitio en que se está; no reconoce uno su molde en